

ALIANZA LIMA 1901-1935: LOS PRIMEROS AÑOS DE UNA PASIÓN CENTENARIA

Aldo Panfichi

Alianza Lima, el club de fútbol más popular y querido del Perú, está cumpliendo sus primeros cien años de existencia. Para muchos compatriotas, cada fin de semana el destino de la casaquilla blanquiazul en un campo de fútbol es motivo de emociones y sentimientos intensos. ¿Cuáles son las claves que explican esta identificación entre un club de fútbol y parte significativa de la sociedad peruana? El texto que presentamos es un intento de explicar el surgimiento de esta pasión deportiva tan profunda como añeja.

Haciendo un análisis sociológico de lo que se considera la etapa fundacional del club (1901-1931) parece que son tres los factores sociales y culturales que convergen en la formación de la identidad aliancista en las tres primeras décadas del siglo XX: el sentimiento comunitario de barrio, la cultura urbana afroperuana, y la pertenencia a la clase obrera. Factores y significados culturales que cohesionan e integran en una identidad futbolística común a individuos y familias que en el Perú de entonces, gobernado por rígidos criterios de estratificación social como el color de la piel, el linaje de los apellidos, y la capacidad económica, eran considerados seres inferiores y despreciables. Sin embargo, gracias al fútbol, deporte que al igual que la democracia se basa en la competencia en igualdad de condiciones, estos mismos individuos tienen con la práctica de este deporte la oportunidad inédita de invertir el orden social y político vigente, y obtener aquellas victorias que resultaban imposibles de lograr en otras esferas de la vida diaria. La pasión popular por Alianza Lima, entonces, al igual que el activismo de los sindicatos y las luchas obreras de inicios del siglo XX, no serían sino expresiones complementarias de los deseos de integración al sistema político y económico de los pobres y excluidos por la República Aristocrática de entonces.

En efecto, según las investigaciones, el club Alianza Lima fue fundado en febrero de 1901 con el nombre de Sport Alianza, por un grupo de adolescentes, entre 9 y 16 años de edad, de la calle Cotabambas, en el barrio las «chacaritas», cerca de la Alameda Grau, aún al interior del casco histórico de la vieja ciudad. El barrio se formó en 1857, cuando Mariano Felipe Paz Soldán compró una huerta de un noviciado y procedió a urbanizarla con fines

mercantiles. De esta manera se construyen los jirones Bambas, Cotabambas, Sandia, Mapiri, e Inambiri, que llegaban hasta donde antes estaban las antiguas murallas. En estas calles se combinan viviendas individuales y colectivas (solares y callejones) con caballerizas, pequeñas huertas, y talleres artesanales. A inicios del siglo XX, de acuerdo a los precios de los terrenos urbanos de la época, las «chacaritas» es considerado barrio popular pero no entre los más pobres de la ciudad, como Malambo o Maravillas (Benavides 2000). El barrio estaba a corta distancia del campo de Santa Sofía, propiedad del Club Lima Cricket, lugar donde se practicaban deportes modernos de origen inglés, entre ellos el fútbol, por lo que es altamente probable que los adolescentes del barrio fueran testigos fascinados de estas actividades deportivas.

Son años, además, en que las heridas de la guerra del Pacífico aún están vivas en la conciencia de los peruanos; más aún, las provincias de Tacna y Arica seguían ocupadas y los repatriados tarapaqueños empezaban lentamente a llegar a la ciudad. Los debates airados sobre las razones de nuestro fracaso bélico y de la viabilidad del Perú como nación, dividían a las elites. Para algunos, el problema del Perú era racial: lo habitaban razas inferiores poco aptas para sostener un proceso de modernización, más aún cuando a la población negra e indígena se sumaba la inmigración china considerada viciosa y decrepita (Palma 1908). No obstante, también son años de reconstrucción cuando el incremento de nuestras exportaciones permite la expansión y modernización de la ciudad, el aumento del número de escuelas públicas, y los inicios de una industrialización temprana alentada por capitales ingleses, norteamericanos e italianos orientados al mercado interno. En 1890 se inaugura la fábrica de textiles Vitarte, poco después, en 1898, la fábrica La Victoria, Santa Catalina en 1899, y el Inca en el Rímac en 1903.

En este contexto el fútbol se difunde rápidamente desde los clubes de inmigrantes ingleses y jóvenes de elite a los escuelas públicas y fiscales, y de allí a los barrios populares de Lima, convirtiéndose en una de las pocas actividades que en esos años integra socialmente y crea lazos horizontales al interior de una heterogénea población juvenil, como muestra la tesis de Gerardo Álvarez. Desde los diarios y los municipios, las elites modernizantes alientan con entusiasmo la difusión de los nuevos deportes y disciplinas atléticas, en desmedro de prácticas consideradas poco varoniles y tradicionales, como las peleas de gallo, los toros y las apuestas de distinta índole. Los municipios, a través de las escuelas fiscales que administraban, organizaron los

primeros campeonatos de fútbol con la idea de que había que introducir en la juventud ejercicios físicos y juegos atléticos como un «modificador higiénico de la raza» peruana, percibida como derrotada, frívola, y «enclenque». La reconstrucción del país alcanzaba también a sus propios habitantes, sobre todo a los jóvenes y adolescentes considerados como el futuro que se abría con el cambio de siglo (Álvarez 2000).

Es fácil imaginar el proceso. Un grupo heterogéneo de adolescentes, muchos de ellos en edad escolar, se reúnen en la casa de alguno de ellos, en la esquina del barrio o en la tienda amiga, para organizar un club de fútbol y practicarlo en terrenos y caballerizas cercanas, imitando a los «gringos» del Lima Cricket y Unión Cricket, clubes de ingleses y peruanos de elite dedicados a la práctica de deportes como el cricket, el polo, la esgrima y el ciclismo. Pronto vendrían las competencias contra otros clubes de barrio o colegio, donde se dirimen superioridades o se construyen formas de prestigio local. Los muchachos de ayer, como los de hoy, sin recursos pero con bastante imaginación, buscan entre los pudientes del barrio alguien que ponga las camisetas o las pelotas, nombrándolos a cambio padrino o presidente honorario. Esta era (y aún lo es) una práctica social extendida mediante la cual se intercambian ciertos bienes materiales por prestigio y respeto personal. Precisamente esto es lo que pasó con Sport Alianza en 1901. No se trató de trabajadores del **stud** de caballos «Alianza», propiedad de quien luego sería presidente de la República, Augusto B. Leguía, como la historia más difundida indica; sino, como muestra Martín Benavides, se trató de un grupo heterogéneo de adolescentes y jóvenes, étnicamente mestizos e incluso hijos de inmigrantes pobres italianos y chinos, que jugaban al fútbol en una caballeriza del barrio llamada «Alianza» (Benavides 2000).

No hay mucha información sobre esos años, aunque es verdad que aún falta profundizar la investigación. Sólo se sabe que entre los jóvenes fundadores no había ninguno de raza negra, aunque eran pobres y mestizos con influencias étnicas distintas. Entre los fundadores se encuentran los hermanos Carlos y Eduardo Pedreschi, de 17 y 15 años en 1901. Los Pedreschi eran hijos de una familia de inmigrantes italianos cuyo padre era propietario de una bodega. Según Cesar Miró, la familia apoyó económicamente los primeros pasos de este club de adolescentes, al punto que en 1912 Carlos Pedreschi era conocido como presidente y «protector» del club. Otros miembros eran los hermanos Cucalón, Eleodoro y Augusto, de 16 y 17 años respectivamente, hijos de un comerciante y pescador chino natural de Cantón y una mujer

morena. Los Cucalón iban al Colegio Guadalupe. También estaba José Carreño, cuya familia ofreció la sala de la casa para las primeras asambleas. La madre de Carreño era costurera, una ocupación típica de las mujeres populares de la época. Se menciona además a José Chacalta, hijo del carpintero del barrio. Una modesta caballeriza y no un Stud habría sido uno de los escenarios iniciales de los primeros partidos con pelota de trapo de este modesto club de barrio.

Se sabe, eso sí, que entre 1905 y 1908 Sport Alianza jugó varios partidos en la explanada de la Escuela Militar de Chorrillos con otros clubes similares llamados Sport Grau, Leoncio Prado y Alfonso Ugarte, clubes cuyos nombres muestran la memoria viva de la guerra del Pacífico. El primer presidente honorario fue Foción Mariátegui, joven administrador de la caballeriza «Alianza», que se unía con entusiasmo a los partidos de fútbol organizados por los muchachos del barrio. Los numerosos clubes de barrio que se forman jugaban también en un lugar conocido como recreo Grau, y en 1911 se inaugura la rivalidad con el Atlético Chalaco del Callao, con un accidentado partido en el que incluso tomaron parte espectadores identificados con uno u otro equipo. No es sino hasta los años 20 que cansados de no tener local propio en el centro de Lima, cada día más densamente poblado, el club cruza la alameda Grau y se instala en el pujante distrito obrero de La Victoria. Alianza llevaba consigo el prestigio de haber ganado los primeros campeonatos de fútbol, como el «Escudo Dewar» en 1916 y 1918.

La Victoria surge como distrito obrero y de sectores medios bajo el impulso de las primeras inversiones de capital inmobiliario en terrenos agrícolas ubicados en los extramuros de la antigua ciudad colonial. En efecto, inmediatamente después de la destrucción de las murallas, en 1871, el Ing. Luis Sada presenta el proyecto urbanístico de formar un nuevo barrio en los terrenos de la «Huerta Victoria», con un diseño de amplias y delineadas calles organizadas alrededor de una plaza principal (la actual plaza Manco Cápac). Las penurias económicas postergaron el proyecto hasta 1896, cuando dos empresas, La Compañía Urbana La Victoria, propiedad de Domingo Olavegoya, y la Compañía Nacional La Cerámica inician la lotización y venta de terrenos para vivienda. En 1907 el Banco de Perú y Londres ofrece créditos a los interesados compradores. Sin embargo, el alto precio de los terrenos, que hasta 1920 no contaban con los servicios urbanos básicos, desalentó a muchos.

Pasan los años y alrededor de la plaza principal y las fábricas textiles se fueron instalando pequeños comercios, locales de artesanos, chinganas, y numerosos callejones, solares, y casas de vecindad, donde encuentran residencia los obreros y trabajadores de la época, muchos de ellos afroperuanos de los viejos barrios del centro o recién llegados de Chincha, Cañete, Huacho y otras zonas del norte y sur chico.

En la Victoria, entre los años 1920 y 1930 una segunda generación de jugadores, esta vez negros y mestizos, buena parte de ellos obreros textiles y de construcción civil, llegan al club recreando los significados históricos y culturales que particularizan a Alianza Lima y que, en las siguientes décadas, darán lugar a una de las identidades y pasiones deportivas de mayor arraigo en la sociedad peruana. Hay una fuerte identificación con el club Alianza Lima de la población pobre afroperuana, de los obreros y trabajadores, y con La Victoria, como un barrio popular emblemático, de los jóvenes de distintos barrios de la ciudad. Y es que el Alianza se convierte en uno de los escasos símbolos positivos de identidad negra y en un espacio social donde los jugadores podían construir formas de prestigio y respeto individual y colectivo, tan escaso en una población discriminada étnica y socialmente. Son estas asociaciones las que definen históricamente el significado cultural de ser aliancista.

Los mejores jugadores del club de aquellos años, como Alejandro «Manguera» Villanueva, José María Lavalle, los hermanos Rostaing, Alberto Montellanos, los hermanos García, eran afroperuanos y al mismo tiempo trabajaban como obreros textiles o de construcción civil. Según el censo de Lima de 1908, el 16.6 por ciento de los obreros de construcción civil eran de raza negra, por lo que no sorprende que en esos años a los jugadores de Alianza se les llamara también los albañiles. La relación entre el fútbol y la clase obrera organizada fue fluida y natural. Los trabajadores no sólo buscaban mejorar sus condiciones de vida, sino también ejercer el derecho político o ciudadano a participar en las nuevas actividades recreativas y formar parte de las nuevas formas de asociación civil que constituían los clubes de fútbol. No es extraño, entonces, el surgimiento de clubes de obreros como el Sport Inca de la Inca Cotton Mill, Sport Progreso de la Fábrica del Progreso, Sport Vitarte de la Fábrica de Tejidos Vitarte, y José Gálvez de la Fábrica La Victoria. Con estos equipos, formados por otros compañeros de trabajo, jugaban los jugadores trabajadores de Alianza, y junto a las rivalidades deportivas también se desarrollaron diversas formas de solidaridad de clase.

Una de ellas fue la participación frecuente de jugadores del Alianza en actividades deportivas y culturales promovidas por gremios y organizaciones obreras. En 1918 el movimiento sindical ya había conseguido el derecho a la jornada de 8 horas y organizaban jornadas culturales y deportivas con motivo de aniversarios gremiales, recolección de fondos para alguna huelga o la impresión de revistas y folletos. La reducción de la jornada de trabajo había permitido a los trabajadores dedicar mayor tiempo a las prácticas deportivas, según varios testimonios indican. Entre 1921 y 1931 varios jugadores aliancistas participan en la famosa Fiesta de la Planta de Vitarte, una celebración obrera a la naturaleza que incluía teatro, música, poesía, fútbol, voleibol, ciclismo y varias formas de competencia pedestre. La fiesta concluía con un baile general y jarana. En 1927 José Carlos Mariáteguí publica en la revista **Amauta** un informe especial sobre la Fiesta de la Planta, e incluye las fotografías de los dos mejores equipos de fútbol. La fotografía del equipo de la Federación de Choferes muestra a varios jugadores Aliancistas, al igual que el equipo de la Federación Textil, sólo que esta vez defendiendo colores sindicales (Tapia 1992).

La mayoría de los jugadores que conformaban el Alianza vivían en antiguos barrios populares como San Lázaro, Malambo y los Barrios Altos, o en las nuevas zonas de expansión urbana como Lince, la Victoria, y Santa Beatriz. No obstante esta diversidad, la fuerte concentración afroperuana en la Victoria, alentada mediante redes personales y familiares que servían para conseguir trabajo, vivienda en alguna casa de vecindad, e incluso la posibilidad de jugar por Alianza, hizo que muchos afroperuanos de otros barrios, e incluso de otras zonas de la costa peruana, desarrollaran fuertes vínculos de identificación y pertenencia imaginaria con el club y con un barrio negro emblemático: La Victoria. El reclutamiento de jugadores vía redes, también incluía a jugadores que no eran negros, pero que sí estaban identificados con la cultura criolla afroperuana. En 1827, en una obra de construcción civil en Lince, se encuentran el adobero y futbolista Víctor Lavalle y el joven ayudante de 16 años Juan Valdivieso. El primero lo observa jugar en los partidos que los trabajadores organizaban después de las jornadas de trabajo, y luego lo invita a entrenar con Alianza.

La invitación a jugar por Alianza era casi irresistible, debido al creciente hinchaje y a la adhesión popular que concitaba. Más aún si es Alianza el que se corona campeón nacional en los torneos organizados por la liga de fútbol los años 1918, 1919, 1927, 1928, (1931, 1932, 1933, y 1934). Conquistas ruidosamente

celebradas por su hinchada, que hace suya una manera peculiar de jugar al fútbol, un estilo propio opuesto al juego físico y mecánico de los ingleses, y que hace gala de un alto virtuosismo técnico y un juego alegre y espectacular. Un estilo que define incluso la naturaleza del fútbol peruano, en el que la habilidad en el trato del balón está por encima de la fuerza y el esfuerzo físico, valor «criollo» apreciado por la cultura popular de la época.

Durante la mayor parte de los años 20 e inicios de los 30, el club tiene una estructura colectivista y casi cooperativa. Los jugadores, crecientemente idolatrados por los hinchas, manejaban directamente el club sin mayor diferenciación de roles que no fuesen el carisma y liderazgo de un grupo concreto de jugadores. Las directivas y los presidentes honorarios o benefactores no fueron capaces o no les interesó imponer cierto orden institucional. Los jugadores mantenían entre sí fuertes vínculos de confianza y camaradería que promovían la amistad, la camaradería y la bohemia criolla. Estas formas de vinculación conjugan espacios físicos y sociales diversos como la fábrica o el trabajo, el club y la familia, cohesionando firmemente a jugadores e hinchas frente a otras rivalidades deportivas, sociales y culturales. Allí nace el término los «Íntimos de La Victoria» para referirse a los jugadores del club que hacen de la noción de intimidad un rasgo central que regula su vida en común. De alguna manera Alianza conserva en estos años ciertas características organizativas que provenían de las viejas cofradías religiosas o de las sociedades mutuales obreras de ayuda mutua, resistiéndose los jugadores a que el club adoptase formas empresariales de organización.

Como la mayoría de los jugadores eran obreros o trabajadores de escasos recursos, la práctica del fútbol, además de permitir la construcción de reconocimiento y prestigio social, era también una manera de ganarse un dinero extra para subsistir. Esta posibilidad se vio amenazada en 1929, cuando la Federación Peruana de Fútbol, con el objeto de preparar un seleccionado para participar en el sudamericano de Argentina, propuso no realizar el campeonato nacional de ese año con el fin de disponer de mayor tiempo de los jugadores. La reacción de los jugadores de Alianza fue negarse a integrar la selección, argumentando que preferían seguir jugando semanalmente en el torneo local y que éste era un medio de subsistencia. No se trataba de una reacción antiperuana, como de inmediato algunos medios de prensa la calificaron. Sólo que imaginar la posibilidad de que estos jugadores estuvieran por un largo período de tiempo sin contacto con su popular hinchada, sin renovar el prestigio y respeto personal que habían ganado

jugando al fútbol, y sin ingresos que complementaran sus jornales como obreros, era demasiado. A esto los jugadores agregaron quejas sobre actos de discriminación y racismo. Al respecto, la revista **Toros y Deporte** comenta que en 1929 muchos hablan y murmuran «cómo vamos a mandar un equipo de negros al campeonato, dirán que somos un país de esa raza» (Deustua, Stein, Stokes 1982).

Ante la negativa, la Federación Peruana de Fútbol expulsó al club de su organización, inhabilitándolo para participar en cualquier campeonato oficial. Se le prohibía, además, jugar en los campos que administraba la Federación y cobrar entrada a los aficionados. Testimonios de esos años recuerdan cómo en los mercados y las plazas públicas se anunciaba oralmente la llegada de Alianza a jugar los domingos en alguna cancha que rodeaba la ciudad: Pampa de Amancaes, Lince y Lobatón, Vitarte, Lurín, Pachacámac y Chilca son algunos de los lugares donde Alianza se presentaba, convocando a multitudes ávidas de ver y aplaudir a sus ídolos injustamente sancionados. Estos partidos informales o al margen de los organismos oficiales constituían eventos deportivos y culturales de gran importancia local, con bienvenidas, celebraciones, diplomas o medallas, almuerzos y, por supuesto, jaranas criollas. Los jugadores se repartían en partes iguales el dinero recolectado entre el público para completar sus presupuestos familiares.

El fracaso de la selección peruana en Argentina, sin los jugadores aliancistas, suscitó muchas críticas y expresiones populares de descontento, las cuales se combinaban, al salir de los estadios, con la agitación social por el precio de las subsistencias y el desempleo obrero. Algunas evidencias de archivo parecen sugerir concentraciones de aficionados al fútbol que terminan en manifestaciones políticas, con intervención a caballo de la gendarmería. En 1930 la Federación levantó el castigo al club Alianza Lima, que reaparece frente al equipo argentino de Tucumán vencéndolo por 2-0 en medio de manifestaciones populares de alegría y adhesión. Al volver a las competencias oficiales, Alianza Lima logra campeón en los torneos nacionales de 1931, 1932, 1933, y 1934. Su fama trasciende nuestras fronteras y pronto llegan las giras al exterior, como a Centro América y Chile, que los consolida en la mitología popular como el famoso «Rodillo Negro».

La fama y el fanatismo popular por Alianza Lima se acentúa enormemente desde 1927, cuando un grupo de estudiantes

blancos y de buena posición económica de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos forma el club «Federación Universitaria» que luego, a inicios de la década del 30, cambiaría su nombre por el actual Universitario de Deportes. Este club se convertiría en el clásico rival a vencer. Y es que en el enfrentamiento entre ambos clubes se daba la posibilidad de ritualizar, en un campo de fútbol, los conflictos étnico culturales (negros y cholos **versus** blancos) y de clase (trabajadores pobres y estudiantes acomodados) que dividían a la sociedad peruana de entonces. En un campo de juego y en una competencia en igualdad de condiciones, premisa básica de toda democracia, los hinchas se identificaban socialmente con aquellos héroes populares que, virtuosos con el balón, podían enfrentar e incluso superar a equipos de blancos y ricos, sin que éstos pudieran hacer valer sus privilegios, como ocurría en la vida diaria.

Este es el origen del «clásico», un encuentro que desde entonces divide y apasiona a todos los peruanos hinchas del fútbol. Pero también un hito importante en la consolidación y profundización de un conjunto de significados culturales históricamente construidos, que sostienen al aliancismo no sólo como una identidad futbolística sino como una manera de sentir y vivir el Perú.

Bibliografía

Álvarez, Gerardo (2001). «La difusión del fútbol en Lima a inicios del siglo XX. Inmigrantes y marineros ingleses, jóvenes de elite, clubes y centros educativos». Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Mayor de San Marcos.

Benavides, Martín (2000). **Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e identidad en Alianza Lima 1901-1996.** Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Miró, César (1998) (1958). **Los Íntimos de La Victoria.** Asociación Civil Pro-Niño Intimo.

Panfichi, Aldo (2000). «Africanía, barrios populares y cultura criolla a incios del siglo XX», en **Lo africano en la cultura criolla**. Fondo Editorial del Congreso de la República.

Stein, Steve (1987). «Entre el offside y el chimpun: las clases populares limeñas y el fútbol 1900-1930»; en **Lima Obrera 1900-1930**, Editorial El Virrey.

Tapia, Rafael (1992). «La Fiesta de la Planta en Vitarte»; en **Pretextos 3-4**, DESCO.